

## TEMPORAL

Eduard Encina

Cuento

### Temporal

**H**oy Sharón despertó con los ojos clavados en mí. Lo sentía, pero no le di importancia, es solo un negro con una gran torre, un objeto a contemplar, nada más. Desde que anunciaron lo del ciclón lo mantengo así. Me levanto a preparar el desayuno y como está lloviendo él se queda en la cama. Aprovecho y plancho la ropa que le pondré a Ruby cuando vuelva al Círculo Infantil. Él no sabe qué decirme. Comienza a moverse en la cama, carraspea, siento su mirada fija, sus deseos de verme saltar sobre él y caer ensartada en su torre. No le hago caso, nada peor que dejarlo resoplando con la carabina al hombro.

Si no fuera por el ciclón, a esta hora yo estuviera corriendo; por mucho que me apure casi nunca llego temprano al laboratorio, eso a él no le importa, nunca va a importarle. Al principio no podía entender que me dedicara a trabajar con la sangre de la gente, después tuve que enseñarle que uno se acostumbra a todo, a verlo llegar del mercado con un trozo de carne y tirarlo sobre la mesa, una lata de puré de tomate, una ristra de ajo, y en un rincón lanzar dos bolsas de pienso. Ahora le ha dado por criar puercos dentro de la casa, es decir, en la parte de atrás, pero la mierda hiede como si estuvieran dentro. Él se entiende mejor con ellos que conmigo. Llega y enseguida comienzan a gruñir, a dar hocicazos contra la tola del corral. No le digo nada. El silencio es mi arma y él lo sabe.

A mí no me gustan los negros, sin embargo, cuando apareció Sharón creí que Jehová me lo había enviado. Los parques tampoco me gustan, me senté en aquel banco porque ya era imposible mantenerme en pie. Tenía un libro en la mano y no podía leer.

Estaba retrasada, debía recoger a Ruby en el Círculo. En realidad no quería ir, entre siclemias, mielomas, leucemias, trombocitos, eritrocitos, leucocitos, pierdo los días buscando enfermedades en la sangre ajena, y sin tiempo para conseguir un maldito centavo con que alimentar a mi hija. En uno de esos segundos en que deseaba morirme, sentí por primera vez la perturbación de su mirada. Levanté la cabeza, y ahí estaba el negro.

—Rubia. ¿Me puedo sentar?

—No soy dueña del parque. Por mí, te lo puedes llevar si quieres.

Sonrió, dijo que nunca le habían dado una respuesta tan ocurrente. Creo que también sonreí, acababa de arrojar contra aquel tipo toda mi rabia, mi impotencia, y a él le parecía ocurrente.

—Disculpa, no quise ser grosera.

—Mira tú, vine a joder. Soy un intruso.

— No fue eso lo que quise decir.

—Acéptame un refresco y estaremos en paz.

Le dije que acababa de merendar, además no tenía tiempo, debía recoger la niña.

—Está bien. Vamos, recogemos la nenita, y nos tomamos el refresco.

El hambre no se puede esconder, la palabra “refresco” me llenó la boca de agua y un cosquilleo en el estómago comenzaba a surgir, cada vez con mayor intensidad.

—Tú no eres fácil, le dije, y acepté.

Al contrario de lo que yo pensaba, a Ruby no le pareció nada extraño, ni por el color, ni por la manera confianzuda con que empezó a tratarla. Salimos y frente a un ventorrillo se detuvo, sacó un fajo de billetes y le señaló a la niña «toma lo que quieras», sentí deseos de impedirselo, pero había advertido un tono en sus palabras, una prepotencia que me sugirió guardar silencio. No me gustan los hombres que alardean de su dinero, estaba decidida: después del refresco, le daría las gracias y me iría. Ruby me lo impidió; en un pestañear ya le estaba diciendo papá y pidiéndole que se fuera con nosotras. Le ofrecí disculpas. Tuve que explicarle, ella es así, no le hagas caso. Él hizo un gesto con los hombros y pidió los refrescos.

—¿Y el padre?

—No tiene

—No me digas ¿Murió?

—Es como si estuviera muerto.

El negro me miró, hizo una mueca y abrió las latas de refresco. Estaba frío y eso me ayudó a soportar el deseo intenso que tenía de echarme algo al estómago. En un momento creí que iba a tener una hipoglicemia, respiré, me contuve y lo bebí despacio. Volvió a sacar el fajo de billetes, pagó y al salir recogió una jaba con otras confituras. Son para la niña, advirtió, no sería bueno que engordes demasiado y te vayas de línea.

Desde entonces al mediodía, cuando terminaba en el laboratorio iba hasta el parque. Allí estaba él, menos desaliñado, con un perfume repugnante, dispuesto a contarme el éxito de sus ventas en el mercado y su mala suerte con las mujeres para la cual no tenía explicación. Es verdad que no soy romántico, repetía, pero la lucho. Como era temprano me invitaba a almorzar. «Pide lo que quieras, no te midas». Supe que le llamaban Sharón cuando la camarera preguntó si bebería lo de siempre y él en aprobación la señaló con el dedo. No me gustan los hombres charlatanes, suelen ser posesivos, eso los convierte en presa fácil. Un día comentó que había averiguado sobre mí, que sentía mucho lo del padre de Ruby, hay tipos así, tipos flojos que llevan una tipa dentro, que a lo mejor, si yo lo pensaba bien, las cosas podrían cambiar, que por algo me habían puesto en su camino.

Después supe que a Sharón me lo envió Lucifer. Una hembra tan linda como yo, aseguraba, no debería trabajar con sangre y olor a medicina, merecía estar como una reina, llena de perfumes y deseos cumplidos. Todavía maldigo el instante en que lo dejé encaramarse encima de mí, con su aliento a col, a ajo, a papa podrida. Le he dicho que se vaya, que no lo soporto más. Pone cara de despreciado, se va unos días y cuando sabe que estoy desesperada, sin nada que darle a Ruby, vuelve. «Yo sé que en el fondo tú me quieres, lo que pasa es que te haces la difícil para que te malcríe». Enseguida desborda la mesa de carne, condimentos, arroz, salsas y después trae sus puercos al hombro, los lanza en el corral y me asegura que son una inversión, con esos arreglaremos el baño, tú verás; con lo que sobre le compras algo a la niña. Apenas le hablo, sé que le molesta, por eso lo mantengo así, alcanzo un libro y me pongo a leer ¡La doctora!, me dice, nada más eres libritos, como si eso te hiciera mejor que yo. No le contesto, así revienta y tira la puerta. Bien entrada la noche reaparece y se hunde en la cama, a roncar su peste a cerveza.

Otras veces viene manso, se mete en el baño y sale con ese perfume repugnante, se acuesta desnudo, me viro de espaldas, él insiste con la mano en mi cadera y se la quito. Puta, rezonga, te estás templando a otro. No le contesto. Puta, reputa. Me sube la bata, ávido comienza a rozarme, siéntela, mira como la tengo. Apenas respiro, lo dejo bufar como un buey viejo. Él no lo soporta, y dice lo de siempre. Puta, reputa es lo que eres. Se sienta en la cama, comienza a masturbarse hasta que su torre revienta encima de mi espalda y me da una nalgada rabiosa ¡puta, reputísima!

Últimamente deja la ropa en cualquier parte, al principio yo la recogía, ya no. No me gustan los hombres cochinos, ni andar recolectando medias y calzoncillos tiesos de churre en cada rincón, le he jurado que cuando pase el ciclón voy a buscarme otro. Eso a él no le afecta, se aparece con jabones, detergente, cremas, champú, «es mejor que no te falte nada», y lo pone en el vertedero en que ha convertido la mesa. Si no fuera por el temporal habríamos tenido que irnos a vivir al patio; entre sacos de comida para puercos, arena, el cemento con que ampliará el corral, la casa parece un barco que va a hundirse, pronto estaremos amenazados por una legión de parásitos y gérmenes que en cualquier momento mandarán a Ruby directo al hospital.

—Todo te molesta, te haces la fina, pero a la hora de comer no protestas.

—Vete con tu comida y tu peste. Yo sé arreglármelas sola.

—Un día de estos voy a perderme, tú verás.

—¡Que Jehová te oiga!

Ahora, para más desgracia: el ciclón. A Sharón le ha dado por acumular comida, no cabe nada en el refrigerador. Lo que tiene que hacer es reparar la casa, pero dice que no, el techo aguanta, tiene experiencia en ciclones y lo peor es lo que viene después, una hambruna que no la brinca un chivo. Poco a poco el tiempo se ha ido deteriorando, la noche se atasca, la lluvia arrecia, el viento sopla hacia varias direcciones, la gente no quiere evacuarse por miedo a los ladrones. Los puercos están seguros, dice Sharón, el corral es una fortaleza, deberías irte con la niña a otro lugar y no ser tan cabecidura. Hay que asegurar los candiles y tener a mano los fósforos, se cae el primer poste, y ya nos quedamos sin electricidad. El techo aguanta, repite Sharón cuando sentimos el resoplido de la primera racha de viento.

- Vámonos de aquí, esta mierda se va a caer
- Estás loca ¿No lo sientes? El mundo se está acabando allá afuera.
- Vámonos así mismo, antes que la niña despierte.
- Eso te lo dije antes, ahora no te apendejes.
- Negro maricón, tú lo que quieres es vernos muertas.

Sharón se vira, levanta la mano con la intención de darme una bofetada, pero solo me empuja el rostro. Otra ráfaga de viento apaga el candil y un estruendo hace gruñir a los puercos. Corre hacia la puerta trasera y en medio de la lluvia, los relámpagos, la ventolera, comienza a cargar sus puercos, a meterlos dentro de la casa. Ahora sí te volviste loco desgraciado, esos puercos van a destruirlo todo. Él vuelve a salir, a entrar y a salir, mientras el viento se cuele arrastrando los muebles y lanzándolos contra la pared. Estamos a salvo, dice y el vendaval arranca la mitad de las tejas del techo. Enseguida se disparan con violencia varios trozos de madera. Cargo la niña y me meto con ella debajo de la meseta como indicó Sharón. Después escuchamos los gritos, el desplome de las paredes, el gruñido infernal de los puercos y el silbido del viento durante toda la madrugada.

La lluvia no ha cesado, escucho voces y grito para que sepan dónde estamos. La gente comienza a quitarnos los escombros de encima. Ruby está llorando. Miro hacia todas partes y no queda nada, solo la meseta permanece intacta, lo demás son pedazos de ladrillos, tejas, comida esparcida, puercos aplastados y un silencio raro, tenebroso. No se preocupen, nos conforta alguien, lo peor ya pasó, y no es cierto, lo peor viene después, cuando me dicen que Sharón está en el hospital junto a medio centenar de muertos y heridos.

Seguramente está muerto y no han querido decírmelo. Llegamos al hospital, tuvimos que hacer el trayecto caminando, el pueblo está devastado, no hay un árbol, ni un poste eléctrico en pie. La niña tose, quizás por el exceso de humedad durante la noche. El doctor dice que estoy bien, que el ciclón no me hizo daño, y es cierto, solo me dejó sin casa, sin esperanzas, sin sentido. En el hospital el silencio solo se interrumpe para llamar a los camilleros cuando traen otro herido, o cuando el vecino se acerca y prefiere decirlo así «tienes que ser fuerte. Vamos a llevarte con Sharón». Hubiese sido mejor encontrarlo muerto, desangrado, pero no pudo ni salvar los puercos cuando la pared se le vino encima y le arrancó las piernas. Lo importante es que está vivo y te tiene a ti, dice el doctor. «Sabía que no ibas a abandonarme», susurra el negro, que al verme sonrío y siento ganas de gritar.